

Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en Argentina

Alejandro Grimson¹

Durante los años noventa el gobierno argentino y los medios de comunicación anunciaron en diferentes oportunidades que estaba llegando a la Argentina una nueva oleada de inmigrantes, comparable a la transatlántica de fines del XIX y principios del XX. Sin embargo, esta vez las personas provenían de Bolivia, Paraguay y Perú. Esa era una demostración para el gobierno de que la Argentina había ingresado al Primer Mundo. Alemania tenía inmigrantes turcos, Estados Unidos mexicanos y la Argentina, bolivianos. A la vez el gobierno anunciaba que los crecientes problemas de desocupación y la expandida sensación de inseguridad eran una consecuencia de esta inmigración. La exorbitante cantidad de inmigrantes de países limítrofes habría disparado, según la versión oficial, la tasa de desempleo y la tasa de delitos.

Los datos sociodemográficos, sin embargo, indican que no hubo un salto cualitativo de la cantidad de inmigrantes y descartan de plano que la inmigración fuera causante del desempleo y la inseguridad. Sin embargo, amplios sectores de la sociedad acordaban con el gobierno en esa percepción. Así, se plantea un misterio: qué expresa la creencia (equivocada) en el salto en la inmigración. El argumento de este capítulo es que las migraciones constituyen un ejemplo condensador de las contradicciones que hemos señalado del proyecto regional a la vez que expresan transformaciones más profundas de la sociedad argentina.

Adelantemos que, desde nuestra perspectiva, la construcción de este relato xenófobo se vincula a una búsqueda de un “chivo expiatorio” de la crisis económica y social. Pero, a la vez, hay más que eso. Nuestro argumento es que en los noventa comenzó a esbozarse un cambio en el régimen de visibilidad de la etnicidad en la Argentina, de una situación de invisibilización de la “diversidad” a una creciente hipervisibilización de las diferencias. La tendencia a la etnicización que implicaba una creciente organización social de los migrantes limítrofes en cuanto tales, básicamente para reclamar y gestionar su legalización y la documentación, así como para revertir la valoración negativa de sus identidades a través de la “difusión de su cultura”. Ese proceso de hipervisibilización de las diferencias debe ser contextualizado en el marco global de los debates y políticas multiculturales, y los énfasis en la cuestión del “reconocimiento”. En los años '90 varios países de América Latina incorporaron la multiculturalidad a su Constitución Nacional, a sus leyes y a las políticas del Estado. Agencias internacionales y líneas de financiamiento promovían el fortalecimiento de grupos tradicionalmente excluidos, no reconocidos.

Esto adquiriría una dinámica propia en un país como la Argentina, donde la invisibilización había llegado a instituir la idea de que se trataba de un país sin “negros” y sin “indios”. Un enclave europeo. Ahora, si “los argentinos descienden de los barcos” en rigor una gran parte de la población del país no es argentina. Nos referimos a una porción muy significativa de argentinos que en otros imaginarios nacionales latinoamericanos serían consideradas “mestizos de indios” y constituyen allí un ejemplo paradigmático de la

¹ CONICET, IDES y Universidad de San Martín

miscigenación originaria de la nación. En la Argentina esa población fue desmarcada² de su ascendencia específica a la vez que eran incorporados social y políticamente en el proceso de auge de la industrialización sustitutiva de importaciones y del peronismo.

Los llamados “inmigrantes limítrofes” que desde el siglo XIX constituyen alrededor del 2,5% de la población argentina no eran socialmente considerados como tales en ese contexto. Más bien, y especialmente paraguayos y bolivianos, eran incorporados al conjunto de los “cabecitas negras”. Esta fue la manera despectiva en que se estigmatizó, en “un país sin negros”, a la población trabajadora con alguna ascendencia indígena que llegaba a la ciudad en los años treinta. Es decir, cualquier diferenciación por origen nacional o por especificidad étnica tendía a disolverse en una identificación de clase que las englobaba, aunque marcando racialmente la “oscuridad”. Los pobres eran “negros” aunque, en sistemas clasificatorios tan distintos entre sí como el brasileño o el estadounidense, no fueran nada parecido con un “negro” ya que no contaban con ascendencia africana.

El relato nacional y la desmarcación étnica

En la Argentina el relato nacional habla de que la población del país es el resultado de un “crisol de razas”. Pero mientras en el imaginario brasileño las “razas” que se habían mezclado fueron los blancos, los indígenas y los afrodescendientes, en la Argentina se trata de una mezcla de “razas” solamente europeas. Los argentinos, según ese relato, descenderían de los barcos. Carecen de sangre indígena. Ese régimen de invisibilización de la diversidad explica que cuando un historiador afirma que el General San Martín fue hijo de una india guaraní se genere un escándalo.³ Las versiones populares de una nacionalidad cruzada por lo indígena (muy fuertes en algunas provincias) permanecieron invisibilizadas por la hegemonía aplastante de la concepción porteña de que los argentinos descienden de los barcos.

En el caso argentino existe cierto consenso en la antropología (Briones, 1998; Guber, 1997; Segato, 1998) de que es necesario partir del proyecto de argentinización y homogeneización cultural, que fue contemporáneo al período de construcción del Estado nación moderno (1880-1930). Podrá debatirse cuánta sincronía o asincronía hubo entre el proyecto de argentinización y el proceso efectivo de invisibilización. Incluso, corresponde debatir hasta qué punto ese proyecto constituyó la clave de esa dinámica desetnicizadora de la vida política. En otras palabras, aún cabe establecer cuál fue el peso del proceso de industrialización sustitutiva por una parte y del peronismo por la otra. Pero no podría dudarse de que hacia los años '40 los clivajes étnicos no tenían relevancia política en el plano nacional. El panorama dominante de la industrialización sustitutiva de importaciones fue el de la oposición peronismo/antiperonismo. La performatividad del relato mítico

² A lo largo del capítulo utilizaremos el concepto de marcación y desmarcación étnica para referir a que sobre los mismos cuerpos, sobre las mismas personas o grupos puede haber procesos y dispositivos que los marcan étnicamente con una identificación u otros que los desmarcan en otras situaciones.

³ Y mientras para algunos miembros de instituciones dedicadas a velar por la figura de héroes de la patria esa posibilidad es mencionada con la intención de socavar la verdad histórica y las bases de la nación, para los humildes maestros de la costa del Uruguay siempre resultó, por el contrario, un ejemplo de cuán unidas estaban esas poblaciones de frontera a la Argentina. No sólo San Martín había nacido por esos pagos, sino que también, como ellos mismos, era el resultado de un encuentro entre indios y españoles.

acerca de la homogeneidad cultural argentina implicó que la etnicidad no se constituyera (como sí en otros países) en un lenguaje político relevante.

En la Argentina hubo un proceso de desetnicización por el cual "la nación se construyó instituyéndose como la gran antagonista de las minorías" (Segato, 1998:183; cfr. Briones, 1998). Las personas étnicamente marcadas fueron presionadas por el Estado "para desplazarse de sus categorías de origen para, solamente entonces, poder ejercer confortablemente la ciudadanía plena" (ídem). El uniforme blanco en el colegio, la prohibición de lenguas indígenas, el servicio militar obligatorio y la restricción de nombres de pila considerados extranjeros fueron antídotos contra el cosmopolitismo.

Ser extranjero implicaba muchas cosas diferentes. Había ciertos privilegios en relación a los nacionales (ya que el Estado podía ofrecerles más apoyo en tanto los consideraba sujetos civilizadores), pero también podían ser perseguidos políticamente con más facilidad, así como eran objeto de chistes y otros modos de estigmatización. Ahora bien, en el mediano y largo plazo la tendencia fue a una creciente desmarcación étnica entre generaciones. Esa desetnicización se vinculó a la promesa de cierta igualdad siempre sobre la base de aceptar parámetros culturales definidos como "argentinos".

La presión del Estado nacional para que la nación se comporte como una unidad étnica, junto a su efectiva capacidad de inclusión social, resultó en que toda diferenciación o particularidad fuera percibida como negativa o, directamente, resultara invisibilizada. En la medida en que ese proyecto era exitoso, la etnicidad era un idioma político prohibido o, al menos, institucionalmente desalentado. El conflicto social, estructurado sobre la fractura persistente capital/interior, adquirió un lenguaje que diversos autores coinciden en considerar como eminentemente político (Guber, 1997; Segato, 1998; Neiburg, 1997). No se trata de que no se hayan planteado reacciones xenófobas hacia los mismos inmigrantes europeos, sino de que la política de Estado implicó incluso otorgarles mayores beneficios que a los nativos (Halperín Donghi, 1987). Se lo combatió, es cierto, en coyunturas críticas no por su origen migratorio, sino en tanto socialistas y anarquistas que promovían la organización obrera.

¿Significa esto que la igualdad en el plano cultural fue realmente asumida por la población y excluyó las operaciones racistas? No, significa que las operaciones racistas en la Argentina "no admiten fáciles equivalencias con construcciones de negritud propias de otros contextos" (Briones, 1998:23). Es el caso del "cabecita negra". Cuando en los años treinta, con el inicio de la industrialización sustituyó de importaciones, se inicia un gran proceso de migración desde las zonas rurales a las urbanas y desde las provincias hacia Buenos Aires, surge esta fórmula estigmatizante con la cual las clases altas y medias de las ciudades aluden a la masa inmigratoria. Como señalamos, lo "negro" no se asocia en Argentina a ciertos rasgos fenotípico referido a Africa, sino que (a la vez que se afirma que "es un país sin negros" en ese sentido) también se tiende a considerar en el lenguaje ordinario a los "pobres" como "negros" o "cabecitas negras".

Evidentemente, constituye una operación racista, donde la distinción social y cultural están entremezcladas. La peculiaridad del caso argentino consiste justamente en que ese racismo se encontró durante largas décadas en función de una operación política, como hace tiempo mostró Ratier (1971). Los obreros-morenos-provincianos se sintetizan en una identidad política: el peronismo. Y en "cabecita negra" estaba "el matiz político que puso sal en el enfrentamiento cuasi racista de porteños y provincianos: ser 'negro' era ser peronista, y viceversa" (Ratier, 1971:13; ver Guber y Visacovsky, 1998). El campo de

interlocución, organizado sobre la invisibilización de la diversidad interna, habría tenido aquí características marcadamente políticas.

El concepto de “campo de interlocución” permite comprender que una nación no es homogénea, pero que sin embargo tiene una organización específica de su heterogeneidad. Así, estamos afirmando que en la Argentina cambiaron las características del campo de interlocución nacional. Entendemos que ese campo es un espacio social y simbólico en el cual un conjunto de actores interactúan y, por lo tanto, reconocen en “los otros” -incluso considerándolos sus adversarios o enemigos- un interlocutor necesario. Sólo aquellos actores que adoptan una identificación aceptada en un campo de interlocución pueden intervenir en él. Las identificaciones que no están habilitadas en ese campo resultan incomprensibles en el diálogo y conflicto social.

Por ello, no estamos diciendo que la Argentina fuera efectivamente un país culturalmente homogéneo. Estamos afirmando que su diversidad cultural estaba invisibilizada en la vida social y que eso marcaba a fuego el régimen de identificaciones políticas. Ejemplo: la no visibilidad indígena no puede ser adjudicada a motivos demográficos, ya que proporcionalmente la Argentina cuenta con más personas que se consideran “indios” que el Brasil.⁴ Del mismo modo, la no visibilidad de los inmigrantes de países limítrofes en cuanto tales tampoco puede ser adjudicada sólo a motivos demográficos, ya que desde 1869 en todos los censos son entre el 2 y 3% de la población del país. Por lo tanto, es imprescindible buscar las razones en procesos histórico-sociales.

El sistema migratorio del cono sur: ¿un cambio sociodemográfico?

En el cono sur de América Latina los desplazamientos de personas y grupos humanos tienen una larga historia en la cual existieron distintas zonas de origen y de destino de los migrantes. Balán (1992) ha señalado la existencia de un *sistema migratorio en el Cono Sur*. Tradicionalmente la Argentina se caracteriza por una atracción como país de destino de los migrantes limítrofes. Otros países del Cono Sur -Paraguay, Uruguay y Bolivia- son fundamentalmente países de envío. En el caso de Chile, que tradicionalmente era sólo un país expulsor de población (con importante presencia en la Argentina), comenzó a atraer crecientemente inmigrantes dentro de la región en los últimos años. La migración limítrofe es una parte constitutiva del complejo sistema migratorio de la región que involucra, además, a la inmigración europea y la asiática, así como a la creciente emigración a países desarrollados (ver Oteiza, Novick y Aruj, 1997; Cerruti y Grimson, 2003).

En términos sociodemográficos hubo cambios, pero estos no se refieren sobre todo a un incremento en la cantidad de inmigrantes. Ningún académico serio ha hipotetizado que, por ejemplo, la media histórica se haya duplicado durante los noventa. Por el contrario, afirmaciones de ese tipo han sido consideradas absurdas por diferentes estudiosos (Torrado, Benencia).

⁴ La población indígena en Brasil se estimaba en los años noventa entre 236.000 y 300.000, representando menos del 0,2% de la población del país (Ramos, 1998:3-4). En la Argentina, los cálculos variaban entre 250.000 y 450.000, representando entre el 0,7 y el 1,2% de la población del país (Vázquez, 2000:133-134). Ambas cifras aumentaron significativamente en los nuevos censos, según estimaciones preliminares se habrían triplicado. A pesar de esto, mientras los indígenas son excluidos del relato nacional argentino, constituyen en Brasil “un poderoso símbolo de la nacionalidad” (Ramos, 1998:4).

Estos son los porcentajes de población limítrofe en la Argentina, según los censos nacionales.

Año	% nacidos en países limítrofes
1869	2,4
1893	2,9
1914	2,6
1947	2
1960	2,3
1970	2,3
1980	2,7
1991	2,6
2001	2,8

Fuente: INDEC, Censos Nacionales de Población, 1869-2001.

Estos datos son muy relevantes para debatir si la desocupación, como se afirmaba, era o no provocada por el proceso inmigratorio. Las dimensiones de la primera superan ampliamente las del segundo. En 1991 los inmigrantes limítrofes no alcanzaban el 3% de la población argentina, mientras el índice de desocupación superaba el 5%. Para que el incremento de la desocupación (que en 1996 superó el 17%) se debiera a una ola migratoria, el número de residentes extranjeros debería haberse triplicado en cinco años, lo cual es absurdo. Benencia y Gazzotti (1995) señalan que el impacto de los migrantes limítrofes "en el mercado de trabajo de Capital y Gran Buenos Aires es muy escaso en términos globales". Mientras entre octubre de 1992 y octubre de 1994 "la tasa de desocupación se incrementa en el Gran Buenos Aires de un 6,7% a un 13,1% y en el conjunto de los aglomerados urbanos de 7,0% a 12,2%", si se eliminara del cálculo a los migrantes "que se establecieron en el área en los últimos cinco años se registra una disminución de apenas un 1,3% en la tasa de desocupación de octubre de 1994, pero si se considera solamente a quienes migraron directamente desde el país limítrofe (70% del total de migrantes) el impacto no llega al 1%" (Benencia y Gazzotti, 1995).

Mientras entre 1989 y 1994 llegaron a la Capital y el Gran Buenos Aires casi ochenta mil nuevos inmigrantes, constituyendo el 9,5% del total de extranjeros, entre 1993 y 1998 ingresaron sólo 54.764 nuevos inmigrantes, constituyendo sólo el 6,3% del total. En 1998 en ese Área Metropolitana sólo había 5.546 extranjeros más que en 1994 en dicha área metropolitana y, además, dentro de los nuevos inmigrantes había decrecido el número de mayores de 14 años en condiciones de trabajar. Por lo tanto, se redujo claramente la presión de los inmigrantes sobre el mercado laboral (INDEC, 1999).

Ahora bien, sí ha habido tres cambios sociodemográficos relevantes. El primero es que la proporción de inmigrantes limítrofes sobre el total de extranjeros ha aumentado constantemente en las últimas décadas en la medida en que la proporción de europeos sobre el total tiende a descender. De hecho, en los últimos años, el 90% de los migrantes que llegan a la Argentina provienen de países miembros del Mercosur o con acuerdos especiales (Chile y

Bolivia). El segundo cambio sociodemográfico es que los migrantes estaban históricamente asentados en zonas de frontera, territorios marginales del país. En las últimas décadas han tendido a desplazarse hacia los centros urbanos más importantes. Así, hacia los años ochenta y noventa el área de Buenos Aires concentraba la mayor proporción de inmigrantes limítrofes. El tercero se refiere a cómo se distribuye por nacionalidad la cantidad de inmigrantes de países limítrofes y del Perú. La proporción de uruguayos y chilenos se reduce. En el primer caso, del 17 al 12% del total de migrantes limítrofes y del Perú, en el segundo de un 30 a un 21%. Por otra parte, la migración del Perú sí constituye un fenómeno reciente alcanza el 9% y la migración boliviana pasa del 18 al 23%. Sin embargo, debemos insistir en que se trata de cambios dentro de una población cercana al millón de personas en un país con más de treinta y seis millones.

Por eso, aunque estos motivos contribuyen a un proceso de creciente visibilidad de los inmigrantes limítrofes, de por sí son insuficientes para explicarlo. De hecho, si no hubiera cambios socioculturales más profundos esas mismas personas podrían continuar siendo consideradas “cabecitas negras” o “villeros”, predominando la tradicional discriminación de clase y racial, más que la nueva discriminación étnica.

Diversos estudios antropológicos han mostrado un fenómeno sobre el que no hay registro previo: la categoría de “boliviano” es utilizada comúnmente en varias ciudades del país para designar no sólo a las personas que nacieron en Bolivia, sino también a sus hijos. Sus hijos son legalmente argentinos, pero socialmente bolivianos. Algo muy similar ocurre en zonas de la Patagonia con niños argentinos con padres chilenos. Las maestras de la escuela pública los consideran chilenos y ellos mismos se identifican de ese modo (Tprin, 2004). Esto tiene consecuencias muy relevantes en la visibilidad étnica. Implica que las posibilidades de desmarcación étnica progresiva entre generaciones que era tradicional en la Argentina no funcionan para estos niños que son interpelados a partir de las identificaciones estigmatizadas de sus padres. Evidentemente, esto permite leer de otra manera los datos censales. Porque si al 3% histórico de migrantes limítrofes se le agregan sus hijos argentinos que son considerados extranjeros es posible que el porcentaje se duplique.

A esto se puede sumar que en ciertos contextos los “negros” y pobres tienden a ser interpelados genéricamente como bolivianos. No es irrelevante que la hinchada de fútbol del equipo más popular del país sea llamada “boliviana” por su principal adversario. Si antes los bolivianos eran parte de los pobres y ahora a los pobres se los considera en ciertos contextos como bolivianos, no sólo puede entenderse por qué cada vez se percibe que hay más inmigrantes en la Argentina de los noventa. También se entiende la rigurosidad de la metáfora: los excluidos son extranjerizados. La imaginación nacional del auge neoliberal, que asegura haber ingresado al primer mundo, desnacionaliza los efectos sociales del neoliberalismo.

Ahora, ¿por qué la operación de “extranjerizar” hace que sean considerados “bolivianos”, y no chilenos, brasileños o uruguayos? En un país que se pretende a sí mismo como un enclave europeo en el sur de América, que considera que no tiene “negros” ni “indios”, la presencia de personas que llegan desde el Altiplano (o que son sus descendientes) remite a una alteridad indígena, la más extremadamente distante que pueda generarse en Buenos Aires. En ese sentido, comparados con paraguayos o chilenos (ni qué hablar con los uruguayos) los bolivianos son el grupo que ocupa el lugar más bajo en los imaginarios de jerarquías étnicas de la Argentina. En ese sentido, identificar a los pobres como bolivianos (como en los cantos de la hinchada de fútbol) implica explicitar que un nuevo tipo de distancia social y simbólica se ha instituido en las relaciones entre grupos en la Argentina.

Hay otro cambio social muy relevante que se refiere al trabajo. Tradicionalmente, los migrantes limítrofes tendieron a ocupar “nichos” laborales en ciertos trabajos que los nativos

no aceptaban. Primero se trató sobre todo de demandas estacionales de mano de obra para trabajos agrícolas cercanos a las zonas fronterizas. Así, la migración chilena en zonas de la patagonia, la boliviana en el noroeste, la paraguaya en el nordeste fue una respuesta frente a la escasez de mano de obra en el sector primario de la economía de las zonas fronterizas (Balán, 1990:271). Después de los años sesenta, estos migrantes comienzan a buscar nuevos destinos y se van percatando de las oportunidades laborales que les ofrece Buenos Aires. Había una escasez crónicas de mano de obra para ocupaciones urbanas no calificadas ni estables que exigían fuerza física (Balán, 1990). La mayoría de los migrantes limítrofes se inserta laboralmente en la construcción y el servicio doméstico, sectores en los que están sobrerrepresentados.⁵ Así, la migración limítrofe contribuyó históricamente a superar el déficit de mano de obra no calificada que caracterizaba al mercado de trabajo argentino. En otras palabras, esta migración cumplió un papel complementario y no competitivo respecto a la mano de obra local (Mármora, 1994a).

Ahora bien, ¿qué sucede cuando cambia completamente la situación del empleo en el país como se mostró en el capítulo 3? Nuestro argumento es que donde se dice que ha habido un aumento sideral de la inmigración debe decir que lo que hubo fue un aumento sideral de la desocupación. Por lo tanto, lo que ha cambiado no es que hay más inmigrantes, sino el horizonte laboral de los argentinos. Los argentinos que nunca aceptaron trabajar en las condiciones de trabajo que aceptaban los inmigrantes limítrofes, ahora aceptan trabajar en cualquier condición. Los nuevos procesos de exclusión social (con un notable incremento de la desocupación que agrava la competencia laboral) convierten esos trabajos en deseables para sectores que antes tenían una mejor posición.

Sintéticamente: *no es que los inmigrantes empezaran a competir con los argentinos por los puestos de trabajo, sino que los argentinos eran quienes empezaban a competir con los inmigrantes por los puestos de trabajo tradicionalmente de los inmigrantes*. En otras palabras, lo que cambió no fue la inmigración, lo que cambió fue la Argentina. Cuando aún las consecuencias de ese cambio no eran ideológica y culturalmente asumidas, entonces se instituyó una nueva frontera: una frontera con los bolivianos, con los paraguayos, con los inmigrantes limítrofes.

Esa nueva frontera se basaba en la antigua distinción que decía que la Argentina no era Latinoamérica (es más: que Argentina debía evitar la latinoamericanización) y que, por lo tanto, entraba en contradicción con el supuesto gran proyecto del Mercosur.

Cambios en el régimen de visibilidad étnica

⁵ Un caso sumamente peculiar y novedoso son las explotaciones hortícolas en la periferia de Buenos Aires que se han constituido en un ámbito de importante inserción de migrantes bolivianos. El trabajo intensivo, muchas veces asentado en la propia organización familiar y en las redes, ha implicado a la vez una situación de gran precariedad y una vía de ascenso social. Benencia (1997) ha planteado la existencia de una "escalera boliviana" cuyos escalones serían el peón, el medianero, el arrendatario y el propietario. La forma de inserción más extendida es la mediería por la cual, básicamente, los propietarios argentinos aportan la tierra y los migrantes bolivianos el trabajo. Para conseguir ese paulatino ascenso social el ahorro es una condición fundamental y en las múltiples estrategias para lograrlo las mujeres cumplen un papel decisivo.

Al transformarse las condiciones socioeconómicas y sociopolíticas también comenzaron a cambiar los modos de interpelación e identificación de los actores sociales, que se expresan en los modos y categorías de interlocución. Categorías identitarias que parecían olvidadas reaparecen en los usos sociales actuales y se desarrollan nuevas disputas por los sentidos de los términos de identificación.

Dentro de los procesos de transformación del campo de interlocución en la Argentina, ciertas categorías identitarias que fueron invisibilizadas en el proceso de nacionalización (aborígenes, negros, grupos de migrantes limítrofes) comenzaron a emerger como herramientas clave de la acción política para amplios sectores sociales. Diversas investigaciones y estudios de caso sobre inmigrantes, indígenas y organizaciones afro mostraban que esos grupos habían potenciado su desarrollo organizacional y su acción pública. Desde los años '80 y especialmente los '90, nuevos clivajes cobraban relevancia y una creciente diferenciación étnica, tanto en términos de discriminación y xenofobia como de reivindicación y reclamo, adquiría relevancia política.

La xenofobia

Durante los años noventa hubo dos oleadas de discursos xenófobos que trascendieron los mecanismos cotidianos de discriminación de los cuales son objeto los migrantes limítrofes en la Argentina. En la medida en que la dimensión de los flujos migratorios depende, en buen grado, de las dinámicas económicas, es evidente que tiende a haber ciertas coincidencias entre expansión económica en la Argentina y llegada de nuevos migrantes, así como entre los procesos recesivos, disminución de ingreso y retorno de migrantes al país de origen. Es justamente en esas crisis recesivas cuando se exacerbaban manifestaciones xenófobas adjudicadoras a los migrantes del aumento de la desocupación y de la delincuencia. Esa relación muestra hasta qué punto la cantidad de migrantes no influye en las campañas xenófobas, siendo muy relevante la necesidad del gobierno de encontrar un "chivo expiatorio" de la crisis. Así, surgieron oleadas de discursos xenófobos en momentos que probablemente coincidían con tendencias de regreso de inmigrantes a su país (mediados y fines de los '90).

Desde los ámbitos estatales se fue constituyendo un discurso que adjudica a los inmigrantes limítrofes la responsabilidad por los problemas sociales, económicos, sanitarios y de seguridad (ver Oteiza, Novick y Aruj, 1997). El pronóstico del canciller Guido Di Tella acerca de que "en el 2020 el 20% de la población [en la Argentina] será boliviana o paraguaya",⁶ se acompaña de una política de identidad sintetizada en dos frases del mismo funcionario: "We want to be near the rich and the beautiful" ("Queremos estar cerca de los ricos y los bellos"), y "We don't want to be with the horrible people" ("No queremos estar con gente desagradable").⁷ Así, la migración limítrofe tropieza y hace entrar en crisis el imaginario secular de las élites argentinas de constituir el reducto europeizado en América Latina.

Eduardo Duhalde, por entonces gobernador de la Provincia de Buenos Aires, lanzó en el mes de junio de 1995 un Plan Laboral cuyos ejes eran el asfalto de calles y la persecución de trabajadores ilegales, planteando una "defensa del trabajo argentino": "En mi provincia, el trabajo es para los argentinos o para los extranjeros radicados legalmente". Al ser sumamente

⁶ Declaraciones de Guido Di Tella en Londres. Citado en *Página/12*, 11 de junio 1995.

⁷ Idem

difícil la radicación legal, esto implica que el trabajo es para los argentinos y para los inmigrantes que vinieron en el pasado. En ese sentido, parte del plan de Duhalde consistía en la inspección de los establecimientos que contratan mano de obra extranjera y en la sanción a los ilegales con el regreso a sus respectivos países.⁸ Al mismo tiempo, Duhalde impulsó una ley que habilitaba en la Provincia de Buenos Aires el voto a los extranjeros: las encuestas indicaban que más de la mitad favorecerían eventualmente al Partido Justicialista. En enero de 1999, el gobernador Duhalde insistió en que "cada día hay menos trabajo y es necesario repartirlo entre los argentinos" (Clarín, 14-2-1999). Pocos días después, el propio presidente Menem afirmó que "quienes no estén documentados como corresponde tendrán que abandonar el país" (Clarín, 14-2-1999).

Desde las políticas sindicales, la Unión Obrera de la Construcción (UOCRA) se sumó al discurso oficial llevando a cabo campañas xenófobas. La responsabilidad por la falta de trabajo, los accidentes laborales y los bajos salarios no sería, desde esa perspectiva, ni responsabilidad del gobierno ni de las empresas ni del sindicato, sino culpa de los "bolitas" y los "paraguas" que les robarían el trabajo a los trabajadores argentinos. El sindicato, entonces, le exige al gobierno un mayor control de la inmigración y un incremento de la represión sobre los inmigrantes limítrofes.

El 5 de agosto de 1998 la UOCRA convocó una movilización de más de diez mil obreros de la construcción para exigir mayor seguridad en las obras, después de varios accidentes que le costaron la vida a los trabajadores, denunciando un promedio de 85 muertes mensuales. Los obreros bolivianos concurrieron a la movilización, ya que la falta de seguridad no produce diferencias de nacionalidad. Sin embargo, tuvieron que agruparse en una columna con peruanos y paraguayos que también sufren la discriminación de sus compañeros de trabajo. Desde las columnas del sindicato se escuchaban cánticos como "somos argentinos y peronistas" y también "somos argentinos y no bolitas". Un trabajador declaró al diario *Clarín*: "Ellos (los extranjeros) son los culpables de que nosotros cada vez ganemos menos" (6-8-1998).

Durante la oleada de xenofobia a principios de 1999 con fuertes manifestaciones de altos funcionarios, operativos policiales diarios de detención de migrantes y elaboración de nuevos proyectos de leyes más restrictivas, también los temas de la delincuencia y la seguridad cobraron una importancia inusitada. A mediados de enero, la Policía Federal habría entregado al gobierno cifras según las cuales había un crecimiento significativo de la participación de extranjeros en los delitos urbanos. Al mismo tiempo, un fiscal de una Cámara de Justicia de Buenos Aires señalaba que sólo 10% de los delitos menores que se cometían en la Capital Federal eran realizados por extranjeros. Sin embargo, el secretario de Migraciones, Hugo Franco, aseguró que el 60% de los delitos menores que se cometen en la Capital son cometidos por inmigrantes: "El delito en la Capital se extranjerizó", dijo Franco. Por su parte, el Ministro del Interior, Carlos Corach, afirmó que el 58% de los detenidos por diferentes delitos era extranjero (*Clarín*, 21-1-99). En ese marco, se inició una campaña de detención sistemática de inmigrantes: en una sola comisaría de la Capital Federal en 19 días detuvieron a más de mil cien personas por no tener los papeles de radicación (*Clarín*, 21-1-99).⁹ El propio

⁸ *Clarín*, 17-6-95.

⁹ En diez meses de 1994 se habían producido en la Argentina unas 23.638 detenciones que involucraron a inmigrantes peruanos, uruguayos, chilenos, bolivianos, paraguayos y brasileños. Adrián Pelacchi, jefe de la Policía Federal, argumentó que "el aspecto inmigratorio es uno de los factores que concurren a perturbar la seguridad de la ciudad". Según declaraciones del propio Pelacchi 20.928 personas del total de inmigrantes

presidente de la Nación afirmó que "aquellos que no estén documentados tendrán que abandonar el país", ya que la Argentina le cierra la puertas "a aquellos que vienen a delinquir a nuestra Patria" y que "si uno les pide a los indocumentados que se documenten inmediatamente salta el tema de los derechos humanos" (idem).

Desde esa perspectiva, el gobierno envió un proyecto de ley al Congreso que contemplaba mayor control y penalización para quienes favorezcan el ingreso ilegal de personas al país, sanciones para las empresas que den trabajo a extranjeros ilegales, mayores facilidades para la expulsión de inmigrantes ilegales del país y mandato al poder ejecutivo para establecer criterios y plazos que regulen la admisión de extranjeros.

Simultáneamente, la propia Policía Federal desmentía las supuestas cifras sobre participación de extranjeros a las que aludían los funcionarios. El comisario mayor Roberto Galvarino, director general de Orden Urbano, afirmó que "la participación de extranjeros en asaltos, robos y homicidios es ínfima. Aunque no elaboramos estadísticas que contemplen esos datos, suponemos que debe rondar entre el 5 y 7 por ciento" (*Clarín*, 21-1-99).

Intencionalmente se confundieron las cifras de *detenidos* con las de *condenados*. Los detenidos son "sospechosos" de haber incurrido en algún delito, mientras los condenados son aquellos a quienes la participación en el delito se les ha comprobado. Mientras las detenciones son llevadas a cabo por las fuerzas policiales, las condenas sólo pueden ser establecidas por la justicia. Mientras en las instituciones responsables predomine la idea de que "por ser inmigrantes son sospechosos", "por ser inmigrantes son delincuentes", su propio accionar distorsionará la situación real, aumentando las detenciones a inmigrantes limítrofes por "portación de cara" (por asociar ciertos rasgos fenotípicos con peligrosidad). Cifras de 1994 indican que casi el 90% de los condenados eran de nacionalidad argentina y, además, que la participación de los argentinos asciende proporcionalmente a la gravedad del delito. Por ejemplo, si se consideran los delitos con violencia el porcentaje asciende casi al 95%. Y si se consideran delitos de gravedad económica (estafas, quiebras fraudulentas, extorsión) la participación de argentinos se acerca al 100% (Mármora, 1994b). Por otra parte, según una encuesta de la Subsecretaría de Población del Ministerio del Interior "el porcentaje de extranjeros condenados por delitos es el 4,6% del total" (Mármora, 1999).

Ahora bien, estos discursos sociales tienen impacto sobre un importante sector de la población. Según una encuesta realizada en 1996, los dos grupos que son objeto de mayor desconfianza por parte de los argentinos son los bolivianos (55%) y los chilenos (58%).¹⁰ "El 81% de la población parece estar de acuerdo con que se limite la mano de obra extranjera. El 91% piensa que los perjudicados por la inmigración son los argentinos y la mitad de los consultados aprobaba la expulsión de los 'inmigrantes ilegales', de hecho de origen latinoamericano" (Oteiza y Aruj, 1995).

expulsados cometieron "distintas contravenciones", tipificadas como delitos menores. Entre esas contravenciones, por ejemplo, se encuentra el llamado "merodeo" por el cual la Policía puede detener a alguien por estar esperando o dando vueltas por una calle en "actitud sospechosa". El "merodeo" es el "delito" subjetivo por antonomasia, definido más por la vestimenta o el color de piel del acusado que por comprobación alguna de su acción. Por ello mismo, su figura legal fue abolida en 1998 en la Capital Federal.

¹⁰ *Clarín*, 19-11-96. En 1995 la misma encuesta -llamada latinobarómetro y realizada en diversos países de Sudamérica- había medido la confianza de los argentinos hacia personas de otras nacionalidades: en último lugar, otra vez, se ubicaban los chilenos (34%) y los bolivianos (36%) (*Página/12*, 8-11-95).

En otra encuesta, realizada por el Centro de Estudios de Opinión Pública, el 63% de los entrevistados respondió positivamente a la pregunta "¿Usted cree que los argentinos somos racistas?" (Clarín, 26-4-1998). Según la encuesta, "los bolivianos son las principales víctimas de esa discriminación seguidos muy de cerca por los propios argentinos de tez oscura" (idem). De ese 63% que considera que el racismo se encuentra instalado en el país el 50,5% opina que "a los argentinos no les gustan los bolivianos". Por otra parte, el 75% del total cree que la presencia de extranjeros disminuye la posibilidad de conseguir empleo a los propios argentinos. Por último, según una encuesta realizada por el Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, coordinada por Rosendo Fraga, el 77% piensa que debe ejercerse mayor control sobre la inmigración (*Tres puntos*, 10-2-99).

Estos datos estadísticos dan cuenta del conflicto que se desarrolla en las relaciones interculturales en la vida cotidiana. En el trabajo, en la calle, en los transportes públicos, los bolivianos perciben que "los miran mal" o directamente que los insultan (ver Grimson, 1999). En las escuelas públicas de Buenos Aires, por ejemplo, los docentes construyen estereotipos y estigmas en función de la procedencia étnica, nacional o de clase de los niños/alumnos. Los niños bolivianos o hijos de bolivianos son categorizados a la vez como "lentos, perezosos, callados" y positivamente como "humildes, respetuosos, tranquilos". Así, los maestros de una escuela dicen que estos chicos "todavía están bajando del cerro, cuando están en 5to grado recién llegan", resumiendo así un estereotipo cultural, un supuesto determinismo ambiental, la capacidad intelectual y la conducta esperable del grupo. Todo lo cual, en el contexto escolar, puede ser comprendido como "biografía social e intelectual anticipada" y como "profecía autocumplida" (Sinisi, 1998).

Ciertamente, los discursos que ubican a los migrantes como "inferiores" y "peligrosos" son respondidos por algunos académicos, organismos de derechos humanos, sectores religiosos. Además de las visiones universalistas de estos sectores, es relevante señalar que un sector del empresariado valora especialmente el trabajo de los "bolivianos", dado el empeño, la cantidad de horas y su bajo nivel de conflictividad. Esto implica que en ciertos contextos, como en la industria de confecciones o en la horticultura, los bolivianos son trabajadores buscados.

De conjunto puede afirmarse que el desarrollo de las manifestaciones y acciones xenófobas en la Argentina no alcanzó la situación de otros países, especialmente de algunos países europeos. Aunque hubo y hay situaciones de exclusión e incluso situaciones de violencia física, no llegó a surgir un movimiento general organizado contra los inmigrantes. Sin embargo, hacia fines de los años noventa la situación parecía estar más cerca de ello.

El cambio en el papel de la etnicidad

La insistencia oficial y oficiosa en la nacionalidad como estructuradora de derechos (civiles y políticos), así como su valoración positiva en otros contextos, encuentra su correlato en la organización social de los grupos migratorios. La tendencia, al menos en algunos grupos migratorios, es a producir reagrupamientos en función de sus identidades étnicas. Es decir, frente al contexto hostil, las dinámicas de exclusión y la imposibilidad de articular identidades sociales más amplias, se presenta una tendencia a una creciente identificación étnico-nacional que incluye diversos dispositivos institucionales: desde fiestas, ferias y ligas de fútbol hasta organizaciones civiles y federaciones que luchan por los derechos.

Veamos brevemente indicios de esos procesos en migrantes, indígenas y afro-argentinos. Los migrantes de países limítrofes representan entre el 2 y 3% de la población argentina en todos y cada uno de los censos nacionales desde el siglo XIX hasta la actualidad (INDEC, 1996; Grimson, 2000). En los años '90 se crearon algunos centenares de organizaciones de inmigrantes de países limítrofes, se fundaron federaciones que agrupan a organizaciones bolivianas, paraguayas y chilenas. Además, se fundó la Confederación Latinoamericana de Colectividades y Comunidades. ¿Qué factores han influido para que, sin un drástico cambio demográfico, se incrementara de esa manera el desarrollo organizacional de los migrantes de países limítrofes? Aún no hay respuestas sólidas a esa pregunta. Debemos señalar que la creación de esas federaciones se enmarca en un crecimiento de organizaciones civiles, culturales y deportivas de amplio alcance (Pereyra, 2001), así como de actividades de los migrantes en espacios públicos.

En el caso de los migrantes bolivianos hay un paulatino incremento de sus actividades y organizaciones desde los años '70 hasta la actualidad. En 1975 comenzaron a celebrar comunitariamente una fiesta patronal y pocos años después crearon una primera organización civil. Durante los años '80 multiplicaron sus ferias, fiestas y programas radiales. A mediados de los '90 crearon dos radios FM dedicadas a "mantener las tradiciones" y una Federación de Asociaciones Civiles Bolivianas que busca establecer negociaciones con el Estado nacional y la Embajada de su país. Esta construcción de un entramado identitario constituye la sustentación de una organización social para desarrollar sus reclamos de reconocimientos de derechos ciudadanos, entre los cuales no sólo hay derechos a la igualdad (acceso al trabajo, la salud, la educación), sino también derechos a la diferencia cultural (Grimson, 1999). También los paraguayos y chilenos crearon federaciones y consiguieron a través de su accionar ciertos logros políticos. Mientras los paraguayos, que no consideraban beneficioso el nuevo convenio, lograron detener la firma del mismo (Halpern, 1999), los chilenos promovieron y obtuvieron el derecho al voto de extranjeros en la provincia de Buenos Aires (Pereyra, 2001). También inmigrantes peruanos (más recientes) han creado organizaciones y formas de manifestación pública de "su cultura" (Benza, 2002) o se ven compelidos a reclamar ciertos derechos, como el acceso a la universidad para aquellos que no tienen documentos en regla o el mismo acceso a la documentación en términos de su nacionalidad (Canevaro, 2004).

No sólo los inmigrantes limítrofes parecen organizarse de modo creciente. Se trata de un proceso más general, de un cambio en los modos en que las personas y grupos perciben que pueden y les conviene identificarse. Frigerio (2000) analizó las relaciones entre diferentes sectores de la "cultura negra" en Buenos Aires. En una dirección similar sostenía que "hasta recientemente, los afro-argentinos, sin una clara visibilidad en la ciudad, habían perdido su capacidad de presentar su propia versión de su cultura y su patrimonio. Habían sido reemplazado por los afro-uruguayos (con larga tradición y presencia pública) y por practicantes de las religiones afrobrasileñas como representantes de su propia historia y tradición. Sin embargo, en los últimos dos años un grupo de afro-argentinos han creado una organización llamada *Africa Vive* que ha procurado recuperar cierta visibilidad para ellos".

También diversos grupos indígenas en la Argentina han potenciado su desarrollo organizacional y su acción pública (Hirsch, 2000; Vázquez, 2000; Escolar, 2000). La construcción de su etnicidad debe ser contextualizada y comprendida en parte como

estrategia de participación en la arena política.¹¹ En el caso de los pueblos indígenas los procesos de "emergencia" o etnicización se producen en sus zonas de origen y también en zonas urbanas hacia donde migran.

En síntesis, una multiplicidad de fenómenos indican importantes procesos de transformación en el campo de interlocución argentino. Se asiste al surgimiento o resurgimiento de categorías de identificación que producirían modificaciones clave en las características históricas de las relaciones y conflictos sociales. Por otra parte, podrían consolidarse tendencias hacia el fundamentalismo cultural (Stolcke, 1999) que pueden profundizar procesos actuales de discriminación y segregación. De hecho, al mismo tiempo que se percibe un incremento de las organizaciones étnicas, puede señalarse el desarrollo de nuevos procesos discriminatorios desde el Estado argentino, tanto en términos legales (dificultad de ingresos y legalización de inmigrantes) como en los discursos de funcionarios públicos. En un contexto de fuerte crisis social y procesos de exclusión, la nacionalidad apareció crecientemente como argumento político para establecer derechos diferenciales (Oteiza, Novick y Aruj, 1997; Grimson, 2000). En ese sentido, crecieron las manifestaciones de xenofobia. Esa situación hizo inviable las estrategias de invisibilización de grupos migratorios de países limítrofes. Por el contrario, hizo necesario que desarrollen formas de organización social que les permitan reivindicar públicamente una etnicidad específica.

Si se realizara una comparación de las formas de discriminación y segregación de los grupos en relación a la etnicidad entre la Argentina y Estados Unidos, todavía en la Argentina habría una fluidez y porosidad mucho mayor. En efecto, en Argentina las relaciones sociales históricamente no estuvieron estructuradas a partir de la esclavitud y la organización espacial de las ciudades nunca se vinculó eminentemente a barrios o ghettos étnico-raciales. Sin embargo, como hemos dicho, la tendencia de los años noventa mostraba una creciente distancia entre los grupos, una creciente diferenciación y segregación, inclusive residencial.

El impasse de 2002

Un elemento muy interesante del caso argentino es que expresa la historicidad de esas relaciones entre los grupos socioculturales. En 2001 y 2002 se produjo una crisis definitiva de la legitimidad de un modelo económico, político y cultural que proponía una cierta narrativa nacional. En ella, los inmigrantes bolivianos, paraguayos y peruanos tenían un lugar determinado. Si la Argentina, como se afirmaba, estaba ingresando al Primer Mundo, esos inmigrantes eran el equivalente de los turcos en Alemania o los mexicanos en Estados Unidos. Ahora bien, si en el 2001 y 2002 esa afirmación devino completa e irrevocablemente inverosímil, el lugar de los migrantes estaba destinado a cambiar en las nuevas narrativas sociales.

Durante los momentos más agudos de la crisis se multiplicaron algunas noticias periodísticas que parecían indicar un éxodo de los migrantes hacia sus países. La dimensión del retorno probablemente no fue tan significativa, pero acompañada de que los índices de desocupación seguían creciendo, hacían cada vez menos creíble que los migrantes fueran la

¹¹ En el caso de los indígenas, también en Brasil se planteó la paradoja del "surgimiento reciente (¡dos décadas!) de pueblos que son pensados, y se piensan, como originarios" (Pacheco de Oliveira, 1999b:11).

causa del desempleo. La dimensión de la crisis socioeconómica tornaban menos aceptable que los inmigrantes limítrofes que regresaban a sus países o sufren la crisis como sus vecinos en los barrios populares, sean realmente los culpables de la falta de empleo o la inseguridad.

Un ejemplo de esto es Eduardo Duhalde, quien a mediados de la década del noventa (como gobernador de la provincia de Buenos Aires) desarrolló un discurso xenófobo y nacionalista contra los inmigrantes ilegales y la defensa del trabajo argentino. En 2002 asumió la presidencia de la Nación y durante su casi año y medio de gestión no hizo una sola alusión a la migración ilegal. Este ejemplo muestra que la misma persona que un contexto apelaba a la inmigración para fundamentar los problemas que su gestión enfrentaba y sus políticas públicas, en un contexto completamente diferente no hacía referencia alguna a ese proceso. En 2002 nadie habría dejado de considerar absurda cualquier relación entre el desempleo y la inmigración limítrofe, ya que las causas estructurales estaban, por decirlo así, a la vista. Justamente, que los mismos funcionarios que encabezaron campañas xenófobas a mediados de los '90 no hicieran referencia a los migrantes cuando después de 2001 ocuparon los principales cargos del Estado es un ejemplo elocuente de la utilidad del concepto de "campo de interlocución". La xenofobia y la etnicización, así como en otro momento la invisibilidad y destenicización, son situaciones históricas que instituyen un marcos relacionales entre los actores sociales.

Ahora bien, esto se vinculaba a un cambio más general en las maneras de percibir a los inmigrantes por parte de la sociedad. Dos encuestas de opinión pública muestran el cambio producido entre 1999 y 2002. Frente a la pregunta de si estaba de acuerdo en restringir el ingreso y permanencia de inmigrantes, el 77% decía que sí en 1999 y el 51% contestaba afirmativamente en 2002. Mientras sólo el 18% estaba en desacuerdo con mayores restricciones en 1999, el 42% se oponía en 2002. Frente a la pregunta acerca de si una mayor restricción podría solucionar el problema de la inseguridad, en 1999 la opiniones se dividían entre un 45% que creía que sí y un 46% que pensaba que no. Ahora, en 2002 el 77% consideraba que mayores restricciones no resolverían ese problema y sólo un 18% pensaba que sí lo resolvería (Casaravilla, 2003). Estos datos alimentan nuestro argumento de que los inmigrantes de países limítrofes tuvieron un lugar específico en los imaginarios sociales de los años noventa y que ese lugar fue modificado al producirse cambios profundos acerca de cómo la Argentina se imagina a sí misma.

Complementariamente, los propios inmigrantes de estos países cambiaron su modo de intervención en el espacio público durante un tiempo. En los momentos más agudos de la crisis las organizaciones de migrantes no realizaron reclamos específicos. En efecto, durante los primeros meses de 2002 no parecía haber lugar para reclamos puramente corporativos. Lo más elemental, alimento y trabajo, había adquirido un alto voltaje político. La crisis produjo también una crisis del corporativismo étnico. ¿Cómo reclamar para un grupo considerado "minoritario" cuando está en duda la viabilidad del país como un todo?

Así, los reclamos etnicizados se difuminaron durante 2002, mientras protestas indígenas articulaban una marcha con piqueteros en la Capital Federal, migrantes paraguayos y bolivianos se integraban a movimientos de desocupados, y en algunos casos se convertían en referentes centrales de luchas sociales por planes de empleo o en fábricas recuperadas. Referentes étnicamente desmarcados, en el sentido de que se constituyen básicamente como vecinos del barrio o trabajadores.

La escena de los obreros sindicalizados que en sus protestas incorporaban cánticos contra los inmigrantes limítrofes, acusándolos de "robar trabajo", era característica de los

años noventa. En 2002 los desempleados que reclamaban trabajo estaban agrupados en organizaciones que tienen planes de empleo y que están integradas por habitantes de barrios populares sin distinción de origen nacional. Inmigrantes paraguayos y bolivianos integran columnas piqueteras y, eventualmente, hasta pueden convertirse en referentes de sus propios compañeros, como ha sucedido en organizaciones de desocupados y en fábricas recuperadas por sus trabajadores.

¿Esto implica que ha desaparecido la discriminación cotidiana de estos inmigrantes? En absoluto, pero sí significa que esas estigmatizaciones dejaron (al menos durante un cierto tiempo) de tener la relevancia que tuvieron en los noventa. Si bien es posible que en el futuro se retome una dinámica de etnicización, pretendemos destacar que durante los años más agudos de la crisis (entre 2001 y 2003) se produjo un cambio en el imaginario social de la Argentina sobre sí misma que afecta las maneras en que son considerados e interpelados los migrantes. Si en los años noventa los migrantes era un ejemplo que confirmaba el imaginario europeo de la Argentina, eso acentuaba el tradicional contraste de la Argentina con el resto de América Latina. Después de 2001 el discurso oficial se desplazó al deseo de “ser un país normal”. Más allá de la polisemia de la fórmula, nadie cree que la Argentina tenga en su horizonte ser una potencia, ni ingresar al primer mundo. Complementariamente, por razones económicas y políticas el país se encuentra más distanciado de los Estados Unidos y más cerca de sus vecinos de quienes ya no tiene certeza de ser superior.

Estamos proponiendo, muy esquemáticamente, una sucesión de fases económicas, sociales e identitarias relativamente articuladas. La industrialización sustitutiva terminó asociada al clivaje político del peronismo/antiperonismo, que subsume a esa oposición las tensiones étnico-raciales y recupera antiguos clivajes como los de capital/interior. En el auge neoliberal avanza la segregación y la fragmentación se diluyen identificaciones políticas tradicionales y se anuncian dinámicas de etnicización en algunos sectores específicos. La crisis del modelo económico, las nuevas articulaciones sociales y los cambios en los valores políticos de la etnicidad no implican que las organizaciones creadas y consolidadas en los años '90 por los migrantes hayan desaparecido o se han debilitado sustantivamente. Más bien, si se ha abierto un nuevo escenario es necesario considerar que esas organizaciones también serán actores en él, aunque su papel en parte haya cambiado.

En ese marco, donde como vimos en el capítulo uno, la Argentina busca redefinir su lugar en América Latina, aparece la posibilidad de que los proyectos de integración regional no postulen sólo la integración de capitales excluyendo la integración de los trabajadores de los diferentes países. De allí que para un proyecto que contemple la inclusión social y la reducción de la desigualdad social como condiciones de la democracia, sea cada vez más difícil proyectar una verdadera ciudadanía que no sea a la vez una ciudadanía regional.

Paradójicamente, los desplazamientos de contingentes humanos, habitualmente asociados a los procesos de globalización y regionalización, en lugar de impulsar la constitución de ciudadanos del mundo parecen tender a empujar a miles de hombres y mujeres a vivir en un cuarto mundo, sin ciudadanía. Por ello, en los próximos años los estados nacionales del cono sur se enfrentarán a esta encrucijada. O bien se profundizan las tendencias que avanzan en el recorte de derechos, articulando los obstáculos para la radicación de migrantes con la producción de ilegalidad y las campañas xenófobas, utilizando esto como un mecanismo asociado a los procesos generales de exclusión social. Si este escenario se concretara, la migración no se detendrá, pero los nuevos migrantes

vivirán en la ilegalidad, sin ningún derecho laboral, social ni político. Aunque pueda parecer un futuro excesivamente oscuro, habría que ser demasiado optimista para no percibir que, lamentablemente, es perfectamente posible.

La otra posibilidad debe partir de asumir que las declaraciones de hermandad que acompañan a los encuentros gubernamentales de los países vinculados al Mercosur, se contradicen con las políticas nacionalistas sustentadas en el rechazo y la marginación de los migrantes de los países limítrofes. Será necesario, entonces, comprender que la regionalización no sólo puede potenciar el desarrollo económico, sino también el desarrollo humano integral. Que, como dice un graffiti pintado en un barrio porteño, “ningún ser humano es ilegal” (Beltrán y Reges, 2003). Y que si las políticas públicas y los acuerdos regionales no colocan su énfasis en la plena garantía de los derechos sociales y culturales para todos los ciudadanos de la región, los acuerdos economicistas no tendrán sustento social.

Beltrán, María Elena y Reges, Cristina: “Mujeres migrantes en la ciudad de Buenos Aires”, en Programa Todas: “Buenos Aires. Ciudad con migrantes”, Dirección General de la Mujer, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2003: 15-28.

Casaravilla, Diego: “Crisis social, discurso y xenofobia”, en Programa Todas: “Buenos Aires. Ciudad con migrantes”, Dirección General de la Mujer, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2003: 15-28.